



电脑修店

服装店

饭馆

美容院

ROSER A. OCHOA
ENARA DE LA PEÑA

Reencarnación

Saga Lotos: 1

ROSER A. OCHOA
ENARA DE LA PEÑA

Reencarnación

Saga Lotos: 1

YOUNG KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, marzo 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19147-55-4
Depósito Legal: CS 116-2023
© del texto, Enara de la Peña, Roser A. Ochoa
Corrección, Carol RZ

Código THEMA: YF

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A los altos tallos de bambú, a las flores de haitang y a las mariposas
plateadas

El Origen

Al principio de los tiempos solo existían dos reinos: el Mortal, surgido de la energía yang, y el Inframundo, origen de la energía yin. Ambas se necesitan, se complementan y se intercambian, pero no de la misma forma, pues de las llamas nacen sus sombras, mientras que la oscuridad jamás podrá crear su luz.

No había fronteras entre humanos y demonios, las luchas para hacerse con el preciado yang eran continuas. El mal devoraba la bondad de los mortales, por lo que los Deva, los dioses, se vieron obligados a intervenir. Así se construyeron las barreras que separan los mundos y surgió el tercer reino, el Celestial.

Los Deva desaparecieron con el nacimiento del primer inmortal, protectores del equilibrio de las energías, cuya tarea es conservar el velo que divide los planos desde el reino Celestial. Sin embargo, los siglos avanzan y la barrera se debilita, con grietas cada vez mayores. El yin anhela abrirse paso hacia el yang y el caos amenaza con, una vez más, colapsar los reinos.

Que los demonios intenten tomar ventaja y disfrutar de su propio festín eterno en el mundo mortal es solo cuestión de tiempo.



Capítulo 1

El asesino, el profesor y el hurón

Yu temía a la oscuridad.

Al apagar la luz sentía cómo los fantasmas que lo habían atormentado desde pequeño estaban dispuestos a devorarlo una vez más. Jamás pensó que, un día, el monstruo agazapado entre las sombras sería él.

La sangre goteaba aún caliente de los largos dedos de Yu mientras las pesadillas del pasado golpeaban la puerta de su mente con insistencia. Como el repiqueo de una tiza contra la pizarra. El olor metálico y la sensación de la carne desgarrada bajo sus uñas no le eran extrañas. Tampoco el lugar.

Las calles de Shanghai nunca estaban vacías. El rumor de unas voces de fondo, palabras huecas que no llegaban a traspasar las paredes de los abarrotados locales, no lo distraían del incesante balbuceo de quien, frente a él, trataba de recuperar el aliento entre ahogados jadeos.

—¿Por qué...?

La voz del hombre sonaba ajena, como si hubiera olvidado cómo juntar palabras y apenas tuviera energías.

Yu sacó la mano convertida en garra del interior de sus entrañas. Matar a un inmortal era más fácil de lo que decían las leyendas. A pesar de lo que implicaba su nombre, podían morir, igual que cualquier criatura de esta u otra realidad. Solo había que saber dónde atacar, y Yu conocía los puntos vitales a la perfección. No era su primera vez. La clave era apuñalar directo al núcleo espiritual.



Se limpió en las manchadas ropas del hombre, tirado en el suelo del callejón, que apestaba a comida frita, cartones húmedos y basura del día anterior. Nunca pensó que encontraría la oportunidad de acabar con él en una de las zonas menos concurridas del barrio de Hongkou.

Llevaba días de caza, como un depredador que acechaba a su presa. Lo había planeado al mínimo detalle, lo único que tuvo que hacer fue ajustar los nuevos tiempos y ya era suyo.

—Tú... por... qué... —repitió.

Yu se inclinó y el fuerte perfume de ese tipo invadió sus fosas nasales, mezclado con el óxido de la sangre y el hedor de la desesoperación. No pudo evitar sonreír.

—Por ShenXian Yu.

Alargó la mano y la hundió en su garganta. Lo había hecho, había matado a su torturador. Uno menos en su lista. Tendría que usar un poco más de fuerza para separar la cabeza del cuerpo, pero disponía de tiempo. Al menos, hasta que amaneciera. Lo iba a disfrutar.

—Yu... ¡Yulong Shizui!

Una mano helada golpeó contra su nuca y él levantó la cabeza del pupitre, con los ojos todavía pegajosos por las legañas. La misma mano volvió a alzarse, sin embargo, Yu la detuvo en el aire.

—Para, Ming Yan —advirtió con tono oscuro.

—Te has vuelto a dormir en clase —lo acusó ella, con su pequeña nariz de ardilla—. Y te he dicho mil veces que me llames MingMing.

Yu le lanzó una mirada cargada de indiferencia antes de levantarse. Tomó su mochila y, sin escuchar las quejas de Ming Yan, se dirigió a la salida.

—¿Qué soñabas? Parecías muy feliz. —La chica lo alcanzó antes siquiera de llegar a las escaleras para colgarse de manera descarada de su brazo.

Ella llevaba el cabello largo ondulado suelto y sus ojos claros, como la mayoría de alumnos con algún padre extranjero, lo

observaban con osadía. Yu le sacaba una cabeza, por lo que, cuando se dirigía a él, tenía que alzar su rostro redondo y aniñado que más de un chico perseguía.

Ming Yan intentaba por todos los medios ser su «mejor amiga» desde que se conocieron. Algo que él rechazaba una y otra vez. Pero era una mujer persistente. Insoportable. Menos estranglarla o sacarle las tripas por la boca, había hecho todo lo que estaba en su mano para ahuyentarla. De poco sirvió. Así que, al final, Yu se rindió. La aceptaba como un mal menor, una garrapata que de vez en cuando le robaba su escasa energía a cambio de su compañía.

Puede que sí fuera algo parecido a una amiga.

El pasillo del Instituto Internacional Shanghái Datong se convirtió en un ir y venir de estudiantes, una amalgama de chándal en azul y blanco, con capucha y una raya en el lateral del pantalón que creaba la ilusión de cientos de figurantes iguales. Más ruido de fondo en la línea de visión de Yu al que, en realidad no le importaba nada ni nadie, salvo...

A pesar de no pretenderlo, intuyó su presencia incluso antes de verlo. Sus manos se cerraron en dos puños.

—¿Ya te pones nervioso porque él está aquí? —comentó Ming Yan, a la que no pasó inadvertido el gesto de Yu—. A mí me parece que está como un rollito de primavera.

Por pura inercia, sus ojos siempre lo buscaban. El profesor Lian Hua estaba al otro lado del pasillo, llevaba uno de sus clásicos abrigos de paño en tono azul eléctrico, tan llamativo como el aura que desprendía.

Se encontraba rodeado por un coro de alumnas escandalosas que lo miraban con devoción mientras él recolocaba los mechones sueltos de su larga coleta. Con los ojos negros tras las gafas, atendía a las chicas con paciencia. Lian Hua era la tranquilidad personificada, emanaba un aire de seguridad que atraía a los alumnos y otros empleados del instituto. «Qué asco».

Yu ahogó un gruñido antes de dar media vuelta para escapar hacia el exterior. Si la gente lo conociera como él, no lo tratarían

con tanto respeto. No lo merecía. Yu miró por última vez en dirección al profesor antes de chasquear la lengua molesto y salir por una de las puertas laterales, seguido como siempre de Ming Yan, con una expresión divertida por la situación.

Lian Hua era amable con todos, repartía sonrisas y no dudaba en ofrecer su ayuda para cualquier tipo de tarea. Era el compañero de trabajo ideal, el tutor perfecto, el hombre que toda madre querría para sus hijas.

Era el siguiente nombre en la lista de Yu.

Los chicos se apresuraban para llegar los primeros a la cola de la cafetería o para poder irse al exterior, donde el abanico gastronómico era mayor. La hora de la comida no era ni de lejos el momento favorito de Yu. De hecho, detestaba estar allí.

Atravesaron el arco de la entrada, con los enormes caracteres de «Nación», «Futuro» y «Orgullo» escrito en símbolos dorados. Fueron a almorzar a uno de los puestos que se colocaban a esa hora a las puertas del centro, o más bien fue Ming Yan quien comió.

—¿Nada? ¿Ni un bocado? Te vas a quedar en los huesos —lo regañó ella, al tiempo que alargaba la mano por encima de la mesa para quitarle el trozo de bollo relleno de *curry*.

Yu tan solo se encogió de hombros y dejó que pasara la hora de la comida hasta regresar a las clases. La jornada avanzaba tan lenta como un caracol en un día soleado. Clases, pausa, comer, más clases y, al final, a casa. Su rutina era una repetición continua que servía nada más que para darle una coartada de su verdadera misión.

En su mente solo había lugar para la venganza.

De nuevo, con la voz del profesor de fondo y la nariz metida en los libros, saber que solo le quedaban un par de horas antes de poder largarse le aliviaba. Él no estaba apuntado en ningún club y se escaqueaba de las horas de estudio de la tarde, así que nadie podía culparle si prefería evadir su mente en la agradable sensación de recordar la noche anterior: con la sangre escurriéndose entre sus dedos y el tacto de la carne caliente abriéndose bajo sus garras.

—Chist. ¡Chist!

Un trozo de papel voló en su dirección. Yu tomó la nota que había aterrizado de manera muy certera justo sobre su libro, alzó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Ming Yan, siempre claros y alegres. Ella sonreía mientras señalaba con insistencia. «Qué gilipollez», pensó.

Yu apretó la mano hasta convertir el pedazo de papel en una pequeña bola antes de dejarla caer al suelo y regresar a su ensoñación.

—Idiota —susurró su amiga con un hilo de voz casi inaudible.

Yu alzó el dedo meñique e hizo ese gesto que nunca se debería hacer a una amiga.

—Que te den a ti —susurró ella con enfado, que se giró para darle la espalda y volver a centrar la atención en el profesor.

A veces Yu sentía que la paciencia con esa chica se le agotaba, después lo asaltaba un repentino sentimiento de culpabilidad, bajaba las defensas y le mostraba algo de empatía. Gran error, pues de nuevo Ming Yan volvía a la carga con energías renovadas.

Yu empezó a meter de cualquier manera los libros de la última clase dentro de la mochila cuando notó la presencia de la chica pululando a su alrededor, como una abeja que zumbaba de manera agotadora.

—¿Qué? —preguntó, sin molestarse en esconder en su voz el tono de fastidio.

—Si hubieras leído la nota, lo sabrías —protestó, con el ceño fruncido—. Necesito ir a la biblioteca.

—Felicidades —respondió Yu, que deshizo el agarre que ella ya tenía en su brazo.

—Reformulo: tienes que acompañarme a la biblioteca.

—¿Por qué yo? ¿No tienes a nadie más a quien torturar con tu existencia?

—Vamos.

Resopló con hastío, pero cedió y la siguió por el largo pasillo. Ella parloteaba de manera incesante con su aflautada voz. En algunas ocasiones, muy pocas, Yu se sentía tentado a unirse a la conversación, aunque las palabras nunca arrancaban.

A última hora de la tarde el lugar estaba bastante solitario. Tan solo algunos de los estudiantes que siempre copaban los primeros lugares del *ranking* y también pequeños fantasmas merodeadores, de los que no se quería ni preocupar. Yu ojeó por encima un libro de la historia del final de la Dinastía Qing mientras esperaba a que Ming Yan terminara con lo que estuviera haciendo. Le divertían esos relatos humanos que se consideraban dignos de los dioses, fantasías de su eterno orgullo que, al final, quedaba olvidado en un montón de polvo. Pocas razas eran tan pretenciosas como la de los mortales.

—¿Sabes? Cuando no tienes cara de psicópata, eres hasta mono —bromeó Ming Yan, y alargó la mano para jugar con los mechones de pelo que siempre caían desordenados sobre la frente de Yu—. Deberías cortarlo un poco para que se te vieran más los ojos —comentó de pasada.

Yu apartó de un manotazo los dedos indiscretos que revoloteaban por delante de su cara e iba a decir algo cuando la puerta de la biblioteca se abrió y, seguido por un par de alumnos, lo vio entrar a él. De nuevo Lian Hua.

Parecía como si el puñetero destino quisiera atormentarlo haciendo que se cruzaran una y otra y otra vez. Era agotador y frustrante, pues cada vez que veía al maldito profesor sentía unas inconmensurables ansias de acelerarlo todo. Olvidar sus planes y degollarlo ahí mismo. Eran tantas las ganas que tenía de matarlo que solo podía escapar para no terminar por perder el control.



Lian Hua colocaba los últimos libros que había cogido en sus respectivas estanterías. Revisaba con cuidado la etiquetación y el marcador para que estuviera donde lo guardaría el encargado y, así, ahorrarle trabajo. Algunos lo llamaban obsesivo, él prefería considerarse meticuloso.

Otra de las cosas que no podía evitar era vigilar su entorno constantemente. Llevaba décadas haciéndolo. Así que, inconscientemente, desde que había entrado en la sala contó el número de alumnos, a cuántos conocía y quiénes podían importunarlo en mitad de su tarea. Aunque, en realidad, lo único que estaba haciendo en ese momento era perder el tiempo para que su particular grupo de acosadoras lo dejara en paz.

Ser profesor de adolescentes era extenuante. Se manejaba con la parte de los estudios, la organización y la planificación formaban parte de su personalidad. Sin embargo, en lo que a relaciones interpersonales se refería, prefería mantener las distancias. Algo que no todos los de su entorno terminaban de asimilar. Más bien era al contrario.

Cuanto más tiempo quisiera pasar a solas o con un perfil bajo, más gente lo rodeaba y le pedía atención. Y él no podía negarse a ayudarles, era parte de su naturaleza. Que si había que hacer más copias del ejercicio de Historia para la clase C, que si el ordenador de la segunda planta daba problemas, que si había una chica llorando en los baños.

Así que Lian se encargaba de hacer una nueva impresión, limpiaba el disco duro y convencía a la chica de que encontraría a alguien mejor. No se le daba mal, era lo que se esperaba de él y tenía un encanto especial. Por ello se había creado buena fama, se llevaba bien con el resto del claustro de profesores y también con los alumnos, ya fueran suyos o de otras clases. Pero había una excepción.

Fue algo que notó desde el inicio del curso, con la llegada de nuevos estudiantes al Instituto Shànghái Datong. Lian no tardó en percatarse de que lo vigilaban, día y noche, incluso en la biblioteca en aquel momento.

Siempre estaba alerta, motivo por el cual pudo verlo. La verdad era que, en las últimas semanas, cada vez que se giraba él lo observaba. Al principio no le dio mucha importancia, pero poco a poco el chico despertó su curiosidad.

«¿Cómo unos ojos tan bonitos pueden encerrar una mirada tan fría?», pensó Lian. Los mechones del cabello cubrían parte de su frente, su palidez rozaba lo enfermizo, pero, sin duda, lo que más llamaba la atención eran esos extraños ojos de un color imposible de definir.

Su aspecto era fiero y siniestro, casi agresivo. El resto de profesores ya le había colgado la etiqueta de «chico problemático», incluso algunos lo habían calificado como «un caso perdido».

Por un momento, Lian se sintió tentado de acercarse, hablar con él y saber qué le ocurría para tener una expresión tan intimidante. Sin embargo, justo en el momento en que dejó los últimos libros en el estante, vio cómo el otro abandonaba de manera precipitada la biblioteca, seguido de otra de las alumnas de la clase E.

Lian chasqueó la lengua, con la vista aún perdida en la puerta recién cerrada y una extraña sensación que nacía en la boca de su estómago. Una señal de aviso que parpadeaba en su interior.

Los altavoces del centro sonaron con las campanas del final de la jornada lectiva. El acceso a la zona de estudio se cerraba y los estudiantes volvían a sus dormitorios o a las actividades de sus clubes fuera de las aulas. Lian se encaminó a la sala de profesores para recoger sus pertenencias y, antes de marcharse, el profesor Luo lo llamó.

—¿Te has enterado? Han encontrado a la chica que desapareció hace tres noches a pocas calles de aquí —comentó el hombre, mientras le enseñaba la pantalla del ordenador con la página web del periódico *Xinmin Wanbao*.

—¿De verdad?! —exclamó con voz ahogada la profesora Wang, que ya estaba a punto de irse—. Este mundo cada vez se está poniendo peor. Menos mal que viene mi marido a buscarme.

Lian soltó un suspiro. «Al final, la han encontrado», se lamentó. Llevaba días siguiendo el caso y sus sospechas se confirmaban de la peor manera.

Cuando salió a la calle, le asaltó la duda. El lugar no estaba lejos de donde se encontraba, pero prefirió pasar primero por casa a ver

cómo iban las cosas. Además, si acababan de localizar el cuerpo, lo más seguro era que aún hubiera demasiada gente husmeando. No debía dejarse ver.

Los estudiantes que vivían fuera del recinto escolar iniciaron el regreso a sus hogares también y Lian caminó detrás de ellos hasta donde aparcaban las bicicletas.

—Buenas noches, profesor Lian —lo saludaron.

—Buenas noches, chicos, hasta mañana.

Para ser finales de mayo, el ambiente nocturno era húmedo y algo asfixiante. Sacó un paño del interior del bolsillo y frotó con cuidado el cristal de sus gafas antes de guardarlas en el bolsillo interior de su abrigo. Quitó el candado y montó para ponerse a pedalear. No tenía mucha prisa, así que eligió el camino de vuelta que bordeaba el río Huangpu.

Le gustaba la calma que se respiraba, la pausa de la algarabía del día a día, con parejas que paseaban de manera despreocupada o estudiantes charlando entre risas, de vuelta con sus familias.

El apartamento de Lian estaba situado en la duodécima planta de uno de los edificios más altos y modernos del centro. La mayoría de sus vecinos eran trabajadores de compañías tecnológicas de última generación, multinacionales o funcionarios del Gobierno, por lo que no pisaban su casa hasta bien entrada la noche. Vivía rodeado de solteros que ganaban demasiado y disponían de poco tiempo. Alguna ama de casa y apenas niños. El lugar ideal para que no le prestaran demasiada atención.

Nada más abrir la puerta intuyó por el rabillo del ojo cómo algo se movía a toda velocidad al otro extremo del salón. Lian dejó los zapatos y la bandolera con cuidado al lado de la entrada para, después, colgar el abrigo en su perchero con gestos mecánicos.

Esperó un segundo y escuchó, centrado en los latidos de su propio corazón.

Entonces lo localizó. Sabía a dónde ir.

No encendió las luces al entrar, sino que caminó a tientas en dirección a los ligeros sonidos de garras sobre la madera. Una

sombra cruzó a gran velocidad de un lado a otro del apartamento y logró que se sobresaltara.

El sonido de un crujido llegó hasta él, junto con un aroma dulzón, como a vainilla.

De pronto, Lian giró con rapidez cuando algo saltó encima de él, emitiendo un agudo chillido.

—¡Pequeño ladrón! —exclamó Lian, que había atrapado a la criatura peluda con una mano y con la otra buscaba el interruptor de la luz para activarlo—. ¿Has vuelto a husmear en la despensa?

No era una pregunta, sino una acusación. Y las pruebas lo demostraban. A sus pies había varios envoltorios de pastas de té de una reconocida marca, regalo de una de las profesoras unos días atrás.

—Ya sé que te molesta cuando vengo tarde, pero tampoco es para ponerse así... ¿no crees?

Lian habló de manera tierna a la bola peluda que tenía en sus manos y se la llevó contra el pecho. Era un hurón albino que lo observaba con sus ojos rojos, casi como si frunciera el ceño o estuviera a punto de defenderse.

El profesor resopló y se frotó el puente de la nariz, ya sin las gafas. Aunque estaba cansado, no pudo evitar sonreír.

—Eres un bicho, Xue, pero no puedo enfadarme contigo —dijo, y lo abrazó con suavidad para acariciar la barriga peluda.

—Vuelve a rascarme la tripita y te juro que te arranco las piernas a bocados.

Xue, el hurón, sujetó la mano con sus minúsculas patas, pero sin llegar a apartarlo del todo. Lian sabía que no hablaba en serio o ya lo habría mordido, pues no se caracterizaba por su buen carácter, a pesar de que a él nunca le había puesto los dientes encima.

—Sé que en el fondo no te disgusta —comentó calmado el profesor, y soltó al animal, que correteó a su alrededor, nervioso.

«Normal —pensó—. Con la cantidad de azúcar que se ha metido, esta noche no habrá quien lo acueste».

—Te has enterado, ¿no? —continuó el hurón—. Lo de la chica muerta, lo acaban de sacar en las noticias.

A Lian no le gustaba que viera la televisión mientras él trabajaba en el instituto, sobre todo después de tener que explicarle a la vecina de al lado que su mascota había aprendido a darle a los botones del mando y a veces se ponía culebrones a todo volumen.

—Sí, lo sé. Esta noche tenemos trabajo, Xue.

El hurón asintió con la cabeza y Lian echó un vistazo a los papeles sobre su mesa. La corrección de exámenes tendría que esperar, empezaba su verdadero trabajo.

Capítulo 2

El dragón que también habla

Yu llevaba más de quince minutos con la mirada fija en el móvil. En la pantalla de WeChat estaba el último mensaje que le había enviado su madre esa misma mañana. Como todas las mañanas:

«Shizui, ¿estás bien? ¿Te estás tomando las pastillas? No te alimentes solo de comida procesada. Tengo los papeles para la matriculación del año que viene y ya te he mandado al correo la solicitud para posibles universidades. Échales un vistazo».

La única persona que le llamaba por su nombre de pila era su madre. Los demás usaban el apellido o su diminutivo, Yu.

El nombre de Shizui le resultaba ajeno. Sonaba extraño. Ese no era él. Incluso su padre había dejado de llamarle así. En realidad, hacía tiempo que había dejado de llamarle de cualquier forma.

Desde que sus padres se separaron, cuando él todavía era un crío, lo único que le quedó a Yu de su progenitor, antes de que se largara de vuelta a sus negocios en Estados Unidos, fue una cuenta corriente llena y una lista de teléfonos de psiquiatras. Aunque más bien fue su madre quien le facilitó los contactos y las recetas de impronunciables medicamentos.

Para sus padres, Yu estaba enfermo. Justo desde el momento en que aprendió a hablar y pudo explicar que veía extrañas criaturas en el comedor, mordisqueando el sofá o dormitando en la esquina de su cama, le diagnosticaron el trastorno.



Ratas de afiladas uñas y enormes dientes que lo observaban con ojos rojos. O siluetas que flotaban a su alrededor, delgadas y sin un gramo de carne, solo piel negra sobre huesos y sonrisa de encías sanguinolentas.

Cuando relataba entre espasmos de terror sobre otros mundos, luchas a espada y un sinfín de pesadillas imposibles, sus médicos lo analizaban con asombro. La conclusión fue que todo ello no eran más que creaciones de su enorme imaginación, que se le iba de las manos.

Al cumplir once años, sus padres no pudieron soportarlo más y, discusión tras discusión, terapia tras terapia, cortaron sus lazos y cada uno se fue por su lado. La única que se hizo responsable de los cuidados del niño fue su madre, pero al entrar en secundaria también lo abandonó.

Yu se quedó solo.

Al menos, el piso que le habían alquilado no estaba mal. Era justo lo que necesitaba. Si se tumbaba en el suelo y rodaba, no tardaría en estamparse contra la pared de enfrente. O lo haría, si la basura que había en medio le permitiera dar más de una vuelta.

Yu pateó un montón de latas de refresco vacías, botellas de té y envases de fideos precocinados. Algo olía mal. En realidad, hacía días que todo apestaba a su alrededor. Y no se refería únicamente a las bolsas con restos de comida o ropa que tenía que llevar a la lavandería de abajo, junto a la tienda de veinticuatro horas que le había salvado la vida en más de una ocasión. Era otro tipo de sensación, más profunda. Mucho más interna. Como si algo fuera a estallar.

No sabía dónde, cómo o por qué, pero, cuando sucediera, la mierda salpicaría todo a su alrededor.

Yu eliminó el mensaje de su madre del teléfono móvil.

No iba a contestar, nunca lo hacía. Además, si fuera sincero con ella, tendría que confesar que había vaciado el bote de las pastillas por el retrete la misma tarde en que el médico se lo entregó, lo que no le haría ninguna gracia.

Pero ¿qué iba a hacer si no? Había aceptado que las drogas no le ayudarían, fueran de la clase que fueran. Los ingresos hospitalarios tampoco sirvieron de mucho, ni la terapia o las sesiones en familia. Los monstruos, fantasmas, espíritus y demonios seguían acosándolo. No podía dejar de verlos. Hasta que llegó un momento en que tampoco lo deseaba. Las terroríficas criaturas formaban parte de su vida.

Él no estaba loco, y aceptarlo fue una auténtica liberación.

«Mierda, otra vez», exclamó dentro de su mente, sentado en el futón.

A veces sentía cómo todo se le venía encima, era como si le oprimieran el pecho y no le dejara respirar. ¿Algo o alguien? Los ojos de Yu rodaron hasta detenerse justo a la altura donde latía su corazón. Ahí empezaba la cabeza del tatuaje de su dragón.

Había pocas cosas que le hicieran sentirse vivo, entre ellas, el dolor. En cierto modo, hasta lo necesitaba. Disfrutaba al notar la punzada lacerante cuando clavaba sus dedos convertidos en afiladas garras para, poco a poco, abrirse paso bajo su piel. En los primeros intentos, como aún no estaba acostumbrado, no era capaz de contener alguna lágrima. Sin embargo, esa sensación ahora le hacía estar más anclado a la realidad, a la suya.

Yu rasguñó despacio y jugueteó con los bordes de las líneas del dibujo, tonos vivos que contrastaban con su oscura personalidad. El olor a sangre llegó hasta su nariz y sus labios se estiraron, satisfecho. Cuando por fin sus dedos rozaron las duras escamas bajo las primeras capas de su epidermis, empezó a tirar de él.

Los ojos de Yu, esta vez de diferentes colores, se iluminaron de emoción.

Bastaba un poco de sangre para la invocación, aunque una herida sobre el tatuaje aceleraba el proceso.

Siempre era bueno tener a alguien con quien hablar, incluso si era una maldita lagartija metomentodo. Tiró y tiró cada vez con más fuerza hasta que extrajo el pequeño hocico de un

dragón que, conforme iba saliendo de su cuerpo, se inflaba y engordaba, para recuperar la forma tridimensional de una anguila con patas.

Como si se alegrara de que lo hubieran liberado, el reptil revoloteó por la habitación y la desordenó aún más.

—¿Lo has matado ya? —preguntó el dragón, que detuvo su vuelo. Siempre era así de ansioso.

Yu tuvo que levantar la cabeza hacia el techo antes de hablar. A Lagartija le gustaba mirarlo desde arriba.

—He cambiado de opinión —dijo Yu, y se dejó caer de espaldas en el futón.

—¿Qué mierda significa eso?

El animal siguió maldiciendo mientras daba vueltas sobre sí mismo para terminar a la altura de Yu y, en un descuido, fue atrapado de los bigotes por el chico.

—¡Ah! ¡Ah! Me haces daño —se quejó.

—No lo voy a matar... todavía —explicó Yu, y tiró del hocico del animal para acercarlo a su rostro—. La muerte sería demasiado amable para él. Quiero que sufra. Quiero ver el dolor reflejado en sus ojos. ¿No estás de acuerdo conmigo, Lagartija?

—No soy una lagartija, soy un puto dragón.

—Eres lo que yo digo que seas —se mofó Yu, antes de dejarlo escapar.

—Algún día, mientras duermes, te desgarraré el corazón desde dentro —advirtió el tatuaje.

—Me encantaría ver cómo lo intentas, la-gar-ti-ja.

—Eres un auténtico imbécil.

Yu soltó una risotada al tiempo que caía de nuevo sobre su espalda. Cerró los ojos y lanzó un bufido al techo.

—¿Cómo vas en el instituto? —La pregunta llegó desde abajo y sintió un cosquilleo que reptaba entre sus piernas hacia arriba.

—¿Qué eres ahora, mi mamá?

—Llevas más de un año allí y sigues poniendo excusas. ¿Es que empiezas a dudar?

—Eso jamás —gruñó Yu, que se incorporó de pronto y se lo sacudió de encima, como si fuera una mota de polvo.

—Si hasta te has echado una novia —se burló el dragón, aferrado con sus garras a la pared, igual que una verdadera lagartija.

—¿De qué cojones me estás hablando?

—MingMing —respondió con voz cantarina, mientras flotaba de nuevo a su alrededor.

La sonrisa del dragón quedó congelada cuando Yu lo estampó con furia contra la pared, donde lo retuvo.

—Vale, vale, ¡era una broma! —se defendió—. Que soy de tinta pero delicado, ¿sabes?

—Pues recuérdalo la próxima vez que digas una gilipollez.

Yu notó la carne, blanda bajo su mano, deformándose para intentar escapar de su agarre al tiempo que balbuceaba incoherencias. El chico se apiadó, así que aflojó los dedos y el dragón huyó. Estaba anocheciendo y las viejas pesadillas volvían en cuanto se marchaba el sol. Era mejor no estar solo.

—Oye, no es tan malo que te guste alguien, sigues siendo un crío. ¡No me mires así!

El dragón voló más alto y rozó el techo, aunque sabía que con un salto su dueño lo cazaría de nuevo sin problema. Yu le lanzó una mirada fría y amenazante, sin embargo, no dijo nada. Así que el reptil de tinta siguió con su cháchara, llenando de sonidos la siempre silenciosa habitación.

—Solo digo que esta vez has sido criado por humanos —continuó Lagartija—. No es de extrañar que lo de las emociones y toda esa mierda termine por afectarte. Estoy dentro de ti, así que sé de lo que hablo.

Yu resopló y fulminó con la mirada a su tatuaje de escamas parlante.

—No sabes nada, solo hacerme perder el tiempo.

—Y tú, el mío —contestó el otro, e hizo un mohín—. ¿Para esto me has invocado? ¿Para decirme que nada ha cambiado y que sigues detrás de tu presa como el primer día? Mira, si de verdad decides echarte para atrás, te juro que...

El dragón no pudo terminar la frase: Yu lo pilló al vuelo de una de las patas y lo acercó a su pecho, de vuelta al hueco debajo de su piel.

—¡No! ¡No! Déjame suelto un rato más, te prometo que no molestaré, solo quiero estirar la cola un poco. ¡Por favor!

—Ya te lo advertí, bicho.

Sin un ápice de compasión, presionó al animal contra su cuerpo y lo devolvió a su carne mientras ignoraba quejas y maldiciones. A veces olvidaba lo molesta que podía ser también su compañía.

Terminó de desvestirse y limpió los restos de sangre del tatuaje, pronto la herida se cerraría por sí sola. Corrió las cortinas y se acostó en el futón en ropa interior. No tenía hambre y los deberes, si es que los había, poco le preocupaban.

Dejó una pequeña lámpara de mesa encendida en una esquina de la habitación. No deslumbraba ni molestaba. Era la única forma que conocía de mantener a raya a los miedos de su infancia, aún presentes, a pesar de que los fantasmas ya no se atrevían a molestarle. Ahora el verdadero monstruo era él.

Estaba cansado del teatrillo que se había montado, de tener que interpretar el papel de alumno de instituto sin causar muchos problemas. Fingir ser una persona mediocre, con un futuro ya resuelto como hijo del presidente de una empresa multinacional. Sin grandes aspiraciones más que ser el heredero del fruto del trabajo de sus padres, o lo que se esperara de una segunda generación.

Sus ambiciones reales iban más allá de lo que ese mundo mortal le ofrecía y solo en los sueños encontraba algo de consuelo. Al menos, siempre que hubiera una luz encendida en la habitación y alejara las escalofrantes sombras que proyectaba su pasado. El de verdad, el de su vida anterior. Antes del instituto, de Shanghái y de ser Yulong Shizui.

Cuando el mundo todavía tenía sentido y Lian estaba en él.



Las calles de la zona este del distrito de Huangpu estaban vacías, lo cual a esas horas no era de extrañar. Al ser un barrio residencial, alejado del bullicio de la ciudad, la mayoría de los comercios ya habían cerrado y tan solo quedaban abiertos locales de comida para llevar, que desprendían olor a frito y grasa.

Para quitarse el desagradable sabor del paladar, Lian mordió un caramelo de naranja. Llevar dulces en los bolsillos para ocasiones así era fruto de la experiencia, sobre todo si al regusto de comida se le sumaba la pesadez del olor a muerte.

Lian caminaba amparado en las sombras y pasó de largo las calles que tomaba cada mañana para ir al instituto. Era extraño que el caso ocurriera tan cerca de donde trabajaba; por lo general, solían darse a las afueras de la ciudad.

Se mantuvo al tanto de la noticia de la desaparición de la chica por la prensa local. No siempre lo hacía, pero la víctima había llamado poderosamente su atención. A pesar de que llevaba tiempo lejos, Lian estaba en activo y las tareas de la Logia continuaban llegando. Había tenido la esperanza de salvar a la mujer; al menos, a esta.

El profesor siguió hasta que el cordón policial no le dejó avanzar más. Dio una vuelta por los alrededores, todavía quedaban algunos curiosos husmeando. Era hora de usar su pequeña y peluda arma secreta.

—Es tu turno —dijo, sacando el hurón albino del bolsillo interior de su chaqueta.

—Siempre me toca a mí lo peor —se quejó Xue, que flexionó su cuerpo para estirar las patas y desentumecerse.

Puede que tuviera razón, pero era una de las ventajas de su adorable tamaño. Lian disimuló la sonrisa.

Xue saltó al suelo y correteó a gran velocidad hasta el otro lado de la calle, escabulléndose como solo él podía hacer por entre las

piernas de la gente que no parecía dispuesta a abandonar la zona. Era el mejor compañero para trabajar, sin duda, era el mejor compañero para todo.

A pesar de la efectividad de su olfato, Lian sabía que tardaría unos minutos en hacer un análisis de la situación. Él no se podía acercar, no del mismo modo que Xue, así que le tocó esperar. El ambiente era denso, cargado con el óxido de la sangre que llegaba hasta donde se encontraba. Era sutil, pero más que evidente para los que sabían dónde buscar.

El escenario no era el habitual. Según la investigación de Lian, el asesino había tenido predilección por los parques, los descampados o explanadas en obras. Lugares tranquilos donde poder vaciar a sus víctimas con tranquilidad. Así que, que esta vez actuara con el riesgo de ser expuesto significaba que tenía prisa o mucha hambre. Lian se estaba acercando.

A simple vista no había nada sospechoso o que llamara la atención, sin embargo, seguía en guardia. Al final de la calle un coche giró por encima del límite de velocidad. Sobre su cabeza, en alguno de los innumerables apartamentos, una pareja discutía de manera acalorada. Oía sus voces con claridad.

Tan solo habían pasado los veinte minutos que tarda una barra de incienso en consumirse cuando el sonido de las minúsculas garras sobre el asfalto lo alertó. De manera instintiva, se agachó y tomó a Xue al vuelo en cuanto saltó en su dirección. Aunque estaban en mitad de una misión, era difícil contener las ganas de acariciarlo. En su forma animal, solo quería achucharlo, a pesar de su mal carácter.

—¿Y bien? —preguntó Lian, tras alejarse un par de pasos de donde se encontraban.

—Tenías razón —susurró el hurón, que correteó desde su brazo hasta esconderse en el hueco del cuello de la chaqueta—. Ha pasado por aquí, pero hay algo...

—Enséñamelo.

Aunque Xue era principalmente un receptor, una característica propia de los de su especie, también tenía la capacidad de

transformarse en emisor si era necesario. Al menos con Lian, de quien había aprendido todo lo que sabía.

De nuevo, con el hurón albino entre los brazos y oculto en las sombras de un callejón próximo, el profesor acercó su frente a la pequeña cabeza del animal. Solo tenía que concentrarse un poco y dejar que Xue le enviara la información, era más seguro que ir directamente al lugar. Con los ojos cerrados, formó la imagen del callejón donde la chica había sido asesinada. La falta de colores no era un inconveniente para él, pues lo que buscaban iba más allá de esa gama visual.

Lian puso la mente en blanco y dejó que Xue lo guiara hacia lo que le preocupaba. El aroma era tenue, como los rastros de un perfume empalagoso y caro. La belladona impregnaba cada rincón de ese callejón, el olor era la prueba irrefutable de que, efectivamente, el asesino no era humano. «Energía yin».

Los mortales no podían percibirlo, al menos, no con facilidad. Se trataba de la esencia que palpitaba en el fondo de las criaturas oscuras, lo que después contaminaba a los humanos y los llenaba de ira, rencor, envidia o celos. Tenían que corromperlos para derribar las barreras espirituales, encontrar un hueco por donde colarse y alimentarse de ellos.

Por lo que quedaba en la escena del crimen, el asesino se había dado un buen festín. No era necesario comprobar el cuerpo para saber que le faltarían varios órganos internos y, posiblemente, lo habían drenado hasta dejarlo seco. La carne no era más que un contenedor de la energía que tanto anhelaban los seres malignos: el yang. Una cálida luz que guardaban en el interior todos los seres humanos. Y del que aún quedaban restos en el lugar.

—No ha acabado, algo le ha interrumpido —habló en voz alta Lian—. Va a volver.

Era peligroso. En ocasiones, cuando las criaturas eran sorprendidas y tenían que soltar su comida a medias, se veían forzadas a regresar para no desperdiciar los resquicios de energía que quedarán. No resultaba fácil para ellas llegar al mundo mortal, así que,

cuando lo lograban, tenían que devorar hasta la última gota. Y, si no estaban satisfechas, actuaban otra vez. Más imprudentes, más salvajes.

Lian tenía la oportunidad perfecta para detenerlo. Aunque no le agradaba la idea de poner en riesgo la vida de los mortales, podría atrapar al asesino que llevaba meses aterrorizando las noches de Shanghái en diferentes cuerpos y formas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Xue, desde el interior de su abrigo.

Enviar imágenes requería más esfuerzo que recibirlas, así que el hurón estaría unos minutos adormilado. De manera inconsciente, Lian le acarició la cabeza y el animal se dejó. Sí que estaba agotado.

—Humm.

Lian se quedó pensativo. Estaba calculando sus opciones, si debían esperar ahí o buscar otro lugar donde ocultarse. ¿Iban preparados? El equipo lo llevaba listo para este tipo de situaciones, aunque prefería usar la menor violencia posible. En el fondo, sabía qué ocurriría. La verdad era que hacía mucho que estaban tranquilos en el plano mortal, era solo cuestión de tiempo que las cosas se torcieran.

Entonces la solución a sus dudas apareció sin previo aviso. Una presencia captó su atención, también la de Xue, que se movió inquieto dentro del bolsillo.

—Lo has notado, ¿no? —alertó el hurón, que asomó la cabeza de manera perezosa.

—Ajá.

—«Humm, ajá», ¿has decidido no formar frases completas hoy?

—Shhh —chistó Lian.

—A mí no me mandes callar.

—Mira —dijo, y señaló con la cabeza en una dirección.

A unos pocos metros se encontraba una mujer. Debía rondar los treinta. Lian clavó de manera inquisitiva la mirada en la esbelta figura frente a él. Era muy hermosa, con una belleza que no pasaba desapercibida ni trataba de disimular.

Llevaba un vestido corto y ceñido al cuerpo, de un color oscuro que resaltaba la palidez de su piel. El viento sopló e hizo que su cabello negro y brillante como ríos de tinta danzara, y dejó tras de sí un característico olor. Lian cerró los ojos un instante e inspiró. Olía a belladona. Jamás confundiría aquel aroma.

—¿Quieres atraparla? —preguntó Xue, desde debajo de la tela.

Justo en ese instante la mujer, como si intuyera que la acechaban, se movió.

—¡Eh! ¡Despierta! Que se escapa —lo reprendió el hurón, clavando sus pequeñas pero afiladas uñas en la piel.

Lian reaccionó justo cuando ya se perdía en la oscuridad. Dio un quiebro para empezar a correr tras ella. La mujer mostraba una admirable agilidad. En tan solo unos segundos se esfumó de su campo de visión, sin embargo, Lian no necesitaba verla: tenía su propio método para rastrearla. A veces confiaba más en sus instintos que en sus ojos.

No tardó en tomarle la delantera. Ella era diestra, pero no podía compararse con los años de experiencia que arrastraba Lian y, en poco más de tres movimientos, la acorraló contra la pared del callejón. Ella se sorprendió y abrió mucho los ojos de flor de melocotón, de un tono parecido a la terracota. De pronto, la mano de la mujer lo abofeteó y dejó la impronta de sus dedos en la mejilla de Lian. Él se tocó de manera automática la cara y notó el calor que desprendía.

—Lo lamento, señorita —se disculpó Lian, antes de sujetar el brazo de la chica con firmeza y dar un brusco tirón.

Alrededor de ambos nada parecía haber cambiado, pero, sin duda, todo era diferente.

Lian aún no estaba seguro de a qué se enfrentaba, así que prefirió ser cauto y se movió entre los velos que separaban las diversas dimensiones para trasladarse hasta un lugar más alejado de la ciudad, donde ningún humano pudiera ser lastimado.

Moverse entre las distintas realidades era como accionar un interruptor, un clic en su cabeza. Bastaba con concentrarse y

visualizar la fina tela que separaba cada lugar, ya fuera del plano mortal o del celestial. Solo funcionaba en lugares donde la barrera era más fina, los puntos en los que la grieta facilitaba que los seres de un lado y otro se movieran. Y Shanghái estaba lleno de agujeros, igual que las otras ocho ciudades construidas sobre los coladeros paranormales. Un dolor de cabeza para la organización de los mundos, pero muy cómodo para estos casos.

Su plan era el de siempre: liberarla para acabar con la misión cuanto antes. Hasta que otro humano desapareciera y la rueda volviera a girar.

La vida en ese plano a veces era así. Otras tantas podía llegar a ser peor. Pero para Lian siempre era mejor que volver abajo, donde solo le esperaban recuerdos y dolor.

Capítulo 3

Cacería nocturna

En Shanghái siempre había zonas de obras. Los camiones, las máquinas de cemento, los andamios de bambú y el cielo salpicado por líneas y líneas de grúas eran parte del encanto de la ciudad. Pero, cerca de la medianoche, sin gritos ni órdenes de los capataces, se convertía en un claro en mitad de un bosque de hierro y excavadoras dormidas. Lian lo eligió a propósito.

Arrastró a la mujer de un lado del plano al otro en tan solo un paso, aunque en realidad representó varios kilómetros de distancia. Hacía días que le había echado el ojo a esa área, donde en un par de meses se ubicaría otro de los gigantes rascacielos que rozaban el techo de la gran urbe china. Sin embargo, durante la noche, solo era una explanada de tierra, bordeada de barras metálicas y palés con sacos de arena.

El lugar idóneo para una pelea sobrenatural.

Su contrincante no era nada de lo que aparentaba ser. El rostro de mujer, que cumplía las exigencias de la sociedad para considerarse bonito, no era más que una máscara de piel y carne. Su secreto había quedado expuesto desde el momento en que se la llevó usando el velo para trasladarse hasta la otra punta de la ciudad. No había razón para continuar con el espectáculo.

Su sonrisa, de labios de caramelo rojo y mullida como el algodón de azúcar, se estiró hasta convertirse en una mueca siniestra y aterradora.

Tan solo fue un segundo. Un instante en el que Lian parpadeó, de pronto su boca se abrió, transformada en un agujero negro con



media docena de afiladas líneas de dientes. Lanzó una fuerte dentellada que el profesor de instituto a duras penas consiguió evitar en el último momento.

—¡Lian! —exclamó Xue, y saltó del interior del bolsillo para aterrizar en un montículo de arena.

La mujer empezó a contorsionarse igual que un gusano clavado en un anzuelo. Sus extremidades se deformaron en posturas imposibles para un ser humano. Si seguía girando más sobre sí misma, se iba a destrozar la columna vertebral.

«Al menos, no es un demonio», pensó Lian con cierto alivio.

Eso habría sido un verdadero quebradero de cabeza. Entrar y salir del Vacío Infinito era demasiado trabajo, porque una cosa era moverse de un lugar a otro a través del velo que separa dimensiones y otra muy distinta, ir a otro plano que no afectara a esa realidad. Demasiado trabajo para tan poca cosa. Por suerte, lo que poseía el cuerpo de la chica tan solo era un fantasma de los clasificados como «rencorosos» o resentido. Tras la muerte de una persona, sus almas regresaban al universo, sin embargo, si eso no ocurría, podían convertirse en un espíritu maligno. Almas cargadas de yin que no conseguían avanzar y, poco a poco, iban sucumbiendo a la podredumbre de la energía negativa.

No era ni la mitad de problemático que un demonio, sin embargo, el fantasma estaba recién alimentado. Lidiar con un resentido era fácil, hacerlo con uno tan cargado de yang complicaba las cosas.

Lian se lanzó hacia adelante para evitar que la criatura terminara por desgarrar el frágil cuerpo femenino que ocupaba. Tenía que extraerla antes de que la matara. Pero ella vio con claridad sus intenciones y trató de escapar echando a correr.

El profesor reaccionó con inmediatez y fue directo a por la mujer. Debía inmovilizarla, al menos, antes de que sus manos fueran garras y sus dientes, más peligrosos. La atrapó junto a una caseta que se usaba de almacenaje y presionó su cuello con el antebrazo, tratando de mantener la monstruosa boca lo más controlada

posible. Debía luchar para no ser herido por los mordiscos y, a la vez, no lastimar a la chica.

Aún podía salvarla, no iba a perder la oportunidad.

Lian alzó la mano para retenerla, ella dio un bocado y, cuando el otro retrocedió, la mujer se inclinó hacia adelante dispuesta a clavar sus garras en el abdomen. Fue un gesto rápido, lo justo para que lograra escabullirse.

Sin embargo, él no se dejaría vencer con tanta facilidad.

De nuevo fue a por el fantasma, que había empezado a escalar por uno de los andamios más próximos. A pesar de que ya se encontraba a unos tres o cuatro metros de altura, Lian logró atraparla de un salto y tiró de su pierna para hacerla caer.

Los dos giraron sobre la tierra seca y levantaron una polvareda a su alrededor mientras ella intentaba quitárselo de encima. Sus cuerpos chocaron contra un palé de hierros y la criatura chilló.

El olor a belladona impregnó el lugar, tan denso que casi se podía masticar. Hacía tiempo que no lo sentía con tanta intensidad. Incluso un mortal se marearía por el miasma de yin que desprendía el fantasma.

Igual que un tigre atrapado, su ira aumentó y atacó con sus uñas, que esta vez Lian no pudo esquivar a tiempo y terminó por rasgarle el costado.

La humedad se extendió por su piel y tiñó de carmesí su camisa, blanca antes del inicio de la pelea. Lian chasqueó la lengua, molesto. Limpiar barro era más sencillo que la sangre. A veces esas cosas ocurrían.

—¡Espabila! —lo apremió Xue, desde dos metros de distancia. Sobre un montículo de escombros observaba todo como un espectador privilegiado.

Intentó sacudirse la criatura de encima, tan solo tenía que alzar la mano y tocar el anillo de espacio sin fin para activarlo. Un gesto sencillo, pero que no era capaz de terminar de realizar, pues estaba ocupado intentando zafarse de las garras que, de nuevo, pretendían atravesar su carne.

Lian le lanzó una mirada a su pequeño compañero, que se encontraba a buen resguardo.

—¿Quieres probar tú? —inquirió.

—¿Y quitarte el mérito? —respondió Xue, que movió sus patitas a un lado y otro.

El profesor esquivó un golpe y trató de devolver otro. La herida del costado hacía que sus movimientos fueran más lentos, aunque no lo suficiente como para que ella pudiera tener ventaja. Así que en cuanto la cogió se puso a horcajadas sobre su cintura y la inmovilizó.

Estaba acabada, ambos lo sabían.

—¡Maldito inmortal! —profirió en un alarido el fantasma.

Cuando Lian vio la oportunidad, actuó con rapidez: presionó sobre los puntos de acupuntura y el flujo de energía del cuerpo de la mujer se desmoronó.

Era como una marioneta sin hilos.

Todo a su alrededor se volvió calma. Entonces sí, Lian acarició el zafiro del anillo que llevaba en el pulgar y brilló en un color azulado. El estallido de luz fue menguando y la gran cantidad de energía quedó concentrada en forma de esfera perfecta, que flotaba sobre su palma.

Acercó la gema a la chica, aún tendida en el suelo, y un humo negro fue succionado desde los orificios de su cabeza, tornando la bola de azul cristalino en un tono apagado y opaco. Al final, cayó sobre la mano de Lian como una roca compacta.

El profesor abrazó con delicadeza a la chica, lacia y sin vida, y la acercó a su pecho para darle calor. Cuando la bola terminó su tarea, Lian la guardó dentro de su anillo sin fin, muy útil para estas ocasiones, pues servía para almacenar cualquier objeto, a excepción de criaturas vivas.

—Listo, no ha sido tan difícil.

—¿Y esto? —inquirió Xue, y dirigió su mirada a la herida de Lian.

—Oh..., es solo un arañazo.

—Menudo estropicio has hecho con la ropa —reprendió el hurón, y señaló la suciedad en el abrigo, de un ligero tono marrón mugre.

—Deja de regañarme —lamentó Lian. Sin embargo, su rostro era todo sonrisa—. Oye, Xue... ¿Te encargarás de la gema por mí? —preguntó al tiempo que se alzaba con el cuerpo de la chica entre los brazos.

—No soy tu recadero, ¿sabes? Bueno, sí lo soy, pero no lo soy, ya me entiendes.

Al ver el enfado de Xue, que movía los bigotes a la misma velocidad que dejaba salir sus palabras, Lian le lanzó una mirada cargada de ternura. Comprendía al hurón. Era verdad, aquello no formaba parte de su trabajo, aunque no pensaba decírselo. No había nada peor que Xue después de darle la razón en algo. Y tampoco pensaba alimentar su holgazanería.

El siguiente paso era hacerse cargo de la mortal. Solo tenía que averiguar los datos en su teléfono móvil, en el bolso que quedó olvidado a varios metros de distancia, justo en el punto en el que habían aparecido nada más cruzar los velos que dividían las realidades. Dio con la dirección y volvió a concentrarse para, una vez más, recorrer la distancia que los separaba en tan solo un parpadeo. Al instante estaban en casa de ella.

Era un apartamento pequeño y desordenado, con ropa y restos de papeles tirados por el suelo. Sobre la mesilla del salón había diferentes botes de pastillas: ansiolítico, antipsicóticos y antidepresivos. La chica debía sufrir algún tipo de trastorno. Era habitual que los fantasmas rencorosos buscaran a víctimas a las que les fuera fácil acceder, con inestabilidad emocional. Solo era una chica perdida que empezó a escuchar una voz sugerente que le incitaba a hacerse daño, a odiarse para odiar a los demás.

Así actuaban aquellas criaturas: daban con los puntos débiles de cada uno y se enganchaban igual que un parásito para alimentarse de la propia miseria y desesperación.

Lian no pudo evitar sentir lástima. Al menos, esta vez había llegado a tiempo.

Con la mujer en la cama, alargó el dedo índice, aún con restos de tierra, y apuntó a su frente. Una luz azul cobalto se desprendió de la mano de Lian y borró su memoria. Al día siguiente, todo habría sido una horrible pesadilla que apenas recordara.

Echó un último vistazo a su alrededor antes de desaparecer.

—Una cosa menos —murmuró Lian, de regreso a su apartamento.

Xue, que había estado soñoliento en el interior de su chaqueta, saltó y cayó con elegancia, a pesar de su terrible aspecto.

—Xue, deberías bañarte, estás realmente sucio.

Si las miradas fulminaran, Lian tendría un boquete en mitad de la cabeza. ¿Qué culpa tenía él de que el pelaje albino de su compañero fuera tan delicado? Xue lo ignoró como si no mereciera ni el esfuerzo de responderle y fue a la cocina, directo a donde guardaban las golosinas.

—Antes me he ganado un premio —soltó.

Si no se le pusiera un freno, el hurón arramblaría sin dudar con el contenido del armario hasta terminar con las existencias.

—Con todo lo que comes, no entiendo cómo no te conviertes en una pequeña bolita blanca. —Insistir era absurdo, así que Lian actuó y, antes de que el hurón trepara por la encimera, lo cazó al vuelo—. Ni hablar, antes una ducha.

—¡No quiero! ¡Déjame! ¡Tengo hambre! —chilló, removiéndose.

Lian resopló, pero no suavizó el agarre férreo. Xue podía soportar perfectamente su fuerza. Puede que un animal cualquiera fuese más vulnerable ante la presión de sus manos para evitar que escapara, pero Xue Diao no era un hurón normal.

—Vamos... —le alentó—. Te caliento el agua y luego tendrás ración doble, ¿qué dices?

Negociar con la comida siempre funcionaba, así que al momento el hurón aceptó; eso sí, a regañadientes.

A pesar de que Xue contaba con su propio baño en el dormitorio, prefería usar el de Lian, que era más espacioso, con un largo

lavabo de mármol claro e impoluto y una ducha acristalada donde cabían hasta tres personas. O eso le había dicho el vendedor, nunca lo comprobó ni tenía intención de hacerlo. ¿Para qué querría compartir la bañera?

Lian se devolvió una sonrisa triste a través del espejo. Menudo aspecto lamentable presentaba.

—Te estás haciendo mayor —observó Xue, que había saltado junto al tocador para empujar hacia el borde el bote de jabón específico para pelaje delicado—. No era más que un fantasma rencoroso y hasta te ha herido, ¿se puede saber qué te pasa?

—Nada, solo intentaba no hacerle daño.

—Y ya ves para lo que te ha servido. Cuando hay mortales de por medio, eres demasiado blando.

—No puedo evitarlo, supongo. —Lian se encogió de hombros—. Para eso estamos aquí, ¿no? Para proteger a los humanos, es nuestro deber.

¿Cuánto tiempo llevaba ya en el mundo mortal? Era difícil saberlo con exactitud. Solo recordaba el momento en que decidió abandonar el lugar donde había sido criado para huir del sufrimiento y el arrepentimiento.

Sin embargo, esta vez tanto esfuerzo le había hecho acabar con las costillas magulladas y medio torso sangrando. «Puede que Xue tenga razón y me esté haciendo mayor», pensó, y se dio una palmadita mental a sí mismo. Estaría atravesando la crisis de los treinta. Tenía la sensación de llevar siglos sin poder descansar, con la carga de decenas de vidas transitadas a sus espaldas.

Lian sacó la esponja de palo, un barreño y lo llenó con agua templada. Antes de dejarlo en el suelo de la ducha, Xue ya había saltado dentro. Era como un niño. Tardaba una hora en convenirlo de que tocaba baño y, después, no había quien lo sacara del agua. Lian lo miró con cariño. Si no fuera por Xue, el piso sería demasiado silencioso.

—¡Deja de mirarme! —se quejó el animal.

—Perdona —se disculpó Lian, que desabotonó con cuidado la camisa y trataba de acallar los pinchazos de dolor—. ¿Ves? Te lo he dicho, solo es un rasguño.

—Ya, ya... Lo que tú digas, tipo duro.

Por suerte, la herida ya empezaba a cerrarse; su tiempo de recuperación era casi inmediato. Pronto no sería más que una fina línea rosada junto a la vieja cicatriz que iba de la cadera al corazón. A su espalda escuchó el sonido del chapoteo del hurón.

Lian aplicó un poco de ungüento en la zona para acelerar la sanación, sus dedos intentaban rozar lo menos posible las zonas más lastimadas. Se curaba rápido, pero dolía igual.

Para ser un profesor de secundaria, se mantenía en buena forma gracias a la actividad extracurricular. Cazar criaturas de otras dimensiones requería un cuerpo fuerte, con el abdomen firme y los brazos fibrosos, que disimulaba bajo prendas amplias y formales.

—Xue...

—Está bien —respondió el hurón, que apoyó las patitas delanteras en el borde de la palangana y miró en su dirección mientras el resto de su alargado cuerpo flotaba en el agua.

Lian soltó una risotada que consiguió que sus costillas se apretaran más.

—Todavía no te he dicho nada.

Xue le sostuvo la mirada.

—Quieres que me lleve abajo la piedra para purificar la energía yin lo antes posible, ¿he acertado?

—Sí —confirmó Lian entre dientes, un poco molesto. «Me tiene calado».

—Soy muy listo. —Movié los bigotes en lo que claramente era una sonrisa de orgullo—. Pero, Lian... Algún día deberías dejar de esconderte aquí, no está bien que te quedes por tanto tiempo en el plano mortal.

—Lo sé... Lo sé.

Claro que lo sabía. Tampoco es que se ocultara, solo que estaba mucho más cómodo en Shanghái, ¿tan malo era? Había tejido

una vida a su alrededor y ya se había amoldado a ella. Era Lian, el profesor. Le gustaba ser el amable bonachón al que todos acudían, sentir que lo necesitaban. Había intentado dejar los errores en el pasado, que tan solo permitía que lo hundieran en las noches de insomnio.

Para los de abajo, podía parecer un cobarde. ¿Quién escogía por propia voluntad el trabajo como Inmortal Terrenal? Si quisiera, podría tener un presente con otras responsabilidades y con preocupaciones a un nivel superior. Un futuro con mucho más estatus y honor que el de salvar a simples humanos. Sin embargo, Lian no quería nada de aquello, aunque de vez en cuando lo tentaran para que regresara y ocupar su verdadera posición.

—Lo haré. Mañana me llevaré la gema —confirmó Xue, y se zambulló en el agua una última vez, más turbia que clara.

—Gracias —respondió Lian. Colocó una toalla sobre el retrete para coger a Xue y dejarlo en ella—. Cada vez hay más fisuras en las capas y son más los seres del inframundo que llegan aquí, me pregunto qué estará pasando por allí abajo.

Xue asomó la cabeza de entre los pliegues de la mullida toalla y le lanzó una mirada de las que decían bien a las claras que «menos preguntar y más mover el culo». No le hizo falta hablar. Llevaban tantos años juntos que Lian conocía cada pequeña expresión de Xue, tanto en su forma de hurón como en la otra.

Fue a replicar, pero con tan solo un gesto lo había desarmado.

—Maldición —gruñó al fin Lian, derrotado.

—Ahora, chuches —reclamó Xue, que saltó de nuevo al suelo y corrió en dirección a la cocina.

—¡Espera! —lo llamó Lian. Pero de manera deliberada o no, Xue lo ignoró—. Bueno, mi turno —dijo. Vacío el agua sucia y guardó el utilitario contenedor que usaba a modo de bañera en el armario.

Terminó de desvestirse, lo hizo con cuidado; a pesar de que su piel había cicatrizado, las costillas seguían lastimadas. Abrió el grifo y entró en la enorme ducha, acompañado tan solo por el colgante de jade turquesa del que nunca se separaba.

Enjabonó con cuidado sus largas piernas y brazos, con músculos bien definidos. Los inmortales no solo cultivaban su mente, también eran sometidos a un duro entrenamiento físico desde muy temprana edad. Recordar aquella época era una mezcla entre calor y frío, un sentimiento de añoranza que se unía al dolor de la pérdida. Lian se regañó a sí mismo.

Si echaba la vista atrás, aunque fuera durante unos segundos, entraría en una espiral sin fin, un bucle que no le dejaba pensar en nada más, solo en la culpabilidad y los remordimientos. «Si tan solo...».

Salió y se envolvió una toalla en la cintura. Había usado mucha energía para sellar al fantasma, así que la reconfortante ducha relajó sus nervios y otra parte de su cuerpo exigió atenciones. Su estómago gruñó, hambriento.

—El pelo —advirtió Xue, desde el sofá y sin mirarlo. Sus pequeñas patas entraban y salían a gran velocidad por las diferentes bolsas abiertas de patatas fritas y galletas de arroz.

—¿Qué?

—Tsk —chasqueó la lengua el animal, centrado en comer—. Tienes el pelo chorreando, deberías secarlo.

—Oh.

Así como él conocía las costumbres de su compañero de piso, lo mismo ocurría al revés, y no hacía falta que Xue se fijara en él para saber que su melena seguía mojada. Entre la pereza y el cansancio, lo último que le apetecía a Lian era coger el secador y entretenerse en cada uno de sus largos mechones hasta los hombros. Tal vez se lo debería cortar, también le facilitaría las cosas en el instituto, pero estaba acostumbrado a tenerlo así, incluso más largo. Cuando bajaba al plano inmortal y cambiaba de aspecto, le llegaba hasta la cintura. Aunque, claro, ahí era más fácil secarlo, bastaba con usar una pizca de energía yang que inundaba cada rincón de esa realidad.

«Bueno, todo sea por cenar lo antes posible», se convenció Lian, y usó los restos de yang que conservaba para secárselo. Ahora

Xue no podría decirle nada. Se sentó a su lado de forma pesada y le robó una bolsa de aperitivos.

—¡Eh! —protestó el hurón.

—Recuerda quién paga los caprichos de esta casa.

—Oye, yo también hago mi trabajo —se defendió Xue, que se incorporó sobre sus dos patas y lo miró con un deje de arrogancia desde sus ojillos rojos—. De hecho, mientras tú remoloneabas en la ducha, yo he dado el callo. Ha llegado un mensaje importante.

Lian asintió. La tarea de Xue en el plano mortal era, además de ser un saco devorador de lo que fuera que guardara en la despensa, comunicarle los informes y noticias de abajo.

—Es de la patriarca Han —siguió, y por el tono supo que era serio—. La jefa está preocupada y pide que tengas cuidado.

—Claro, como siempre.

—No, no —le corrigió Xue—. Es grave, Lian. Parece ser que hay un asesino de inmortales.

El profesor tragó a duras penas otra de las patatas que había cogido. Por un momento, pensó que había oído mal, pero, por la manera en que el hurón lo observaba, no se equivocaba. Lian carraspeó y miró fijamente a Xue.

—Qué te ha dicho —quiso saber el profesor.

—Han desaparecido dos de los vuestros, justo en este lado de la barrera. —Su compañero hablaba con tono calmado, pero sin alejar las patas de otra bolsa que había cazado. En cuanto terminaba una frase, se metía con rapidez una galleta en la boca y masticaba con avaricia—. El primero fue hace unos meses, una mujer. El otro es más reciente, de tan solo un par de noches, un hombre.

—¿Se los comieron?

—No. Estaban intactos. Muertos pero enteros.

—Entonces, no es un fantasma o un demonio... —Lian pensaba en voz alta.

Jamás se había enfrentado a una criatura que matara solo por placer. Todos los seres que había cazado en el pasado a este lado de la barrera tenían un objetivo, la base de su impulso: llenar el

estómago. Que ninguna de las víctimas tuviera un mordisco, ni tan siquiera espiritual, era realmente sospechoso.

Los inmortales como él pertenecían a otro nivel de la cadena alimenticia, uno superior. Si los mortales eran hamburguesas, ellos eran chuletones de primera categoría, un plato *gourmet*. Una delicia poco común y que casi no se encontraba en el menú.

Demasiado extraño.

—¿Tenían relación?

Lian inició la lista de preguntas habitual en estos casos. Empezaría con un enfoque parecido al que se usaba en los asesinatos humanos. Necesitaba referencias para saber de dónde partir.

—En principio, ninguna, aunque...

—Qué.

Xue bajó la cabeza y dejó de tragar. Eso también era insólito.

—Según el informe de la Logia, que todavía está por pulir, los muertos coincidieron en varias misiones próximas a la barrera en la zona este de la Ciudad Frontera de la Patriarca Han, entre la Pradera y el Palacio...

Lian conocía el lugar perfectamente. Había crecido ahí. También murió ahí. Al menos una parte de él lo hizo, una irrecuperable. Su mente comenzó a enlazar ideas de manera peligrosa.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó, con un brillo que pensaba olvidado en el fondo de sus ojos.

El hurón seguía sin mirarle. Sabía que removía unas brasas que podrían terminar por incendiar la casa de madera que los dos se habían construido con calma y paciencia durante tanto tiempo.

—...

—¡Xue! ¿Cuándo fue eso?!

—Hace unos quince años —cedió el hurón, que se atrevió a alzar la cabeza hacia un Lian con la cara blanca—. Bueno, dieciséis.

Dieciséis años. Sí, ese era justo el tiempo que llevaba en el mundo mortal, ya lo recordaba con exactitud. Desde el día en que huyó, lejos de los suyos, de las miradas acusadoras y las salas vacías. Muy lejos de todo lo que le recordara a «él».